

Homenaje a las palabras*

Álvaro Díaz Berenguer

Señor presidente de la Academia Nacional de Letras, académico Wilfredo Penco; señores académicos; compañeros del Fondo Nacional de Recursos; amigos y amigas.

Agradezco especialmente a las autoridades del Fondo Nacional de Recursos por permitirnos utilizar este recinto para este acto de la Academia Nacional de Letras: a su directora general, Cr.^a María Ana Porcelli, y a la presidenta de la Comisión de Educación Profesional Continua, Dra. Rosana Gambogi.

Ingresar a la Academia Nacional de Letras es una alta distinción que creo que no merezco. No es falsa modestia.

Mi formación académica y mi desempeño han sido principalmente en el terreno de la medicina y de la docencia en Clínica Médica, en forma ininterrumpida durante treinta años hasta mi jubilación. No obstante ello, sigo apegado al quehacer docente, entre otros lugares, en esta casa, donde integro la Comisión de Formación Profesional Continua.

Encontré una razón para aceptar integrar la Academia Nacional de Letras: la posibilidad de enlazar dos campos del conocimiento, las letras y la medicina. De hecho, por eso estamos en este lugar.

Nací y me crié entre libros, por lo que las letras no me son ajenas. Todas las paredes de mi casa natal en la antigua calle Mangaripé, en Punta Gorda (ahora María Espínola), estaban forradas de libros. Más de diez mil ejemplares que ahora reposan en la Biblioteca Nacional. Mi padre, José Pedro Díaz, era profesor de literatura y escritor. Mi madre, Amanda Berenguer, poeta, sobrina del maestro y dramaturgo José Pedro Bellán. Mis padres hacían sus propios libros y los de algunos de sus amigos en la imprenta particular La Galatea, ubicada en el fondo de la casa. Ahora está reacondicionada, funcionando en la Biblioteca Nacional, a la que siento por ello como mi segunda casa.

* Discurso de ingreso a la Academia Nacional de Letras, 24 de noviembre de 2022.

En mi juventud ayudé a mi padre en la imprenta Árbol Impresores y en el Club del Libro de Radio Sarandí. Eran los tiempos duros de la dictadura y mi padre, junto a Rubén Castillo y Carlos Maggi, imprimían cinco mil ejemplares mensuales; uno de los emprendimientos editoriales más importantes del Uruguay.

Reconozco lo que heredé de mis padres y de integrantes de la generación del 45, que se reunían en nuestra casa para conversar de literatura. En particular, debo reconocer en este sentido a Carlos Maggi, casi un familiar directo para mí, a su esposa, María Inés Silva Vila; pero también a Mario Arregui, Gladys Castelvechchi, Juan Fló, Dina Díaz, Ángel Rama, Ida Vitale, Marcelo Vignar, Daniel Gil, Tola Invernizzi, Maneco Flores Mora, Manuel Claps. A veces Mario Benedetti. Era una casa frecuentada por poetas y escritores de todas las generaciones, entre ellos, Silvia Guerra, Luis Bravo, Graciela Mántaras, Hugo Achugar, Alicia Torres, Alicia Migdal, Alberto Oreggioni y algunos integrantes actuales de la Academia como Jorge Arbeleche, Wilfredo Penco o Rafael Courtoisie, y otros provenientes del extranjero como Vargas Llosa. La lista es mucho más larga; perdonen aquellos a los que no he mencionado. En viaje a Europa, en el 71, acompañando a mis padres conocí incluso a José Bergamín. Pero nada de esto me hace merecedor de esta distinción que recibo hoy.

Salí de la casa natal como médico, sin darme cuenta del bagaje cultural con el que contaba. Mi padre decía, recordando a Goethe, «lo que se hereda de los padres hay que reconquistarlo si se quiere ser digno de poseerlo». Siento que estoy en deuda con esa herencia que adquirí sin esfuerzo, a diferencia de mi título profesional, del cual me siento justo merecedor.

Me casé con Sylvia Riestra, profesora de literatura y poeta, y nacieron mis dos primeros hijos, Rodrigo y Fernando. Mi vida, centrada en la medicina y la docencia, no me dejó muchos espacios, o no los supe hacer, para otras cosas. De todas maneras, eso no impidió que la literatura estuviera siempre presente. Me separé de Sylvia, a la que mucho le debo, luego de muchos años.

Con mi compañera actual, Victoria Fonsalía, también médica, tuvimos tres hijas: Mara, Flor y Emilia. A pesar de la medicina, que tanto nos absorbe, en la casa actual también ronda la literatura y el arte, entremezclada con diagnósticos, terapéuticas y pronósticos.

Mi formación y mi trayectoria vital están vinculadas fundamentalmente con la Universidad de la República y con las bases científicas de la profesión. Allí mis intenciones, mis preocupaciones, mis sufrimientos, mi sustento, mis emociones, mis culpas, y también las repercusiones sobre mi vida familiar.

Probablemente tarde, encontré otra cara de la medicina vinculada con el lenguaje, con la comunicación, con las palabras que resuenan en los consultorios, con la necesidad de una nueva ubicación del médico en la sociedad. Me refiero al descubrimiento del carácter mágico de la palabra, que debe ser administrado como si fuera un medicamento. Muchas horas de consultorio, de «escuchatorio» —como decía el médico y antropólogo argentino Paco Maglio—, abrieron una brecha entre la ciencia y la realidad humana.

En las últimas dos décadas, me propuse introducir en la educación del médico aspectos alejados de la ciencia, pero en íntima relación con la actividad clínica: la comunicación interhumana, el análisis de nuestro quehacer profesional en un entorno mercantilizado, institucionalizado, industrializado, robotizado, impersonal; analizar los poderes en juego de los médicos y las sumisiones de los pacientes; los poderes y las manipulaciones de la industria biotecnológica; la medicalización de la sociedad, las desviaciones éticas de la investigación científica vinculada a intereses diversos, la soberbia del éxito que desprecia o somete al congénere. Me vinculé con el Fondo Nacional de Recursos gracias a Homero Bagnulo, lo que me permitió, además, descubrir la importancia de la justicia distributiva y de la seguridad en el ámbito de la salud. Todo esto subyace en la medicina contemporánea, que está desorientada por una preocupación centrada y obcecada en la exactitud del diagnóstico y de la terapéutica perfecta, en la búsqueda de un éxito casi matemático en la lucha contra la enfermedad y la muerte, y agobiada por un creciente y alarmante *burnout* laboral.

Me interesé en las lecturas de José Pedro Barrán, Pedro Laín Entralgo, Michel Foucault, Iván Illich, Ortega y Gasset, Hans Georg Gadamer, Phillip Ariés, Jaques Lacan, Freud, Balint, entre otros tantos, que me abrieron el campo de visión para impulsar la formación de futuros médicos a través de un curso de humanidades médicas que llamamos «Pensar en lo que hacemos», en conjunto con otros docentes, compañeros de viaje —Baltasar Aguilar, Antonio Turnes y José Enrique Pons—, que permite relativizar la importancia de la

biotecnología; hacer pensar al médico en su propia figura como ser humano atrapado en un sistema que lo despersonaliza y lo deshumaniza; descubrir su narcisismo y sus implicancias, su poder y, fundamentalmente, advertir el poder de las palabras. Descubrir que no luchamos contra la muerte porque es invencible, sino que luchamos por una vida mejor y la dignificación del congénere. Nuestro objetivo no es la inmortalidad, sino la vida compartida, y allí las palabras tienen un lugar privilegiado.

Las humanidades, la filosofía, la literatura, la antropología, la historia, el arte en general fueron las herramientas a las que recurrimos para estimular la sensibilidad, la compasión, el descubrimiento del otro; para verse desde afuera y corregir desvíos del fin último de la medicina, que es el prógimo, porque el «ser humano es mejor cuando le muestras cómo es», como decía Chéjov. De lo que se trata, en última instancia, es de pensar en el valor de las personas, en la raíz de la palabra dignidad. No se trata de *decir* lo que hay que hacer, sino de despertar el *sentir* de lo que hay que hacer. Humberto Correa marca esta diferencia con claridad: una cosa es profesionalismo basado en un deber y otra cosa es humanismo basado en una forma de ser y de vivir.

Ese curso se brindó gracias al apoyo de Carlos Dufrechou en el comienzo y en los últimos años gracias al apoyo del Fondo Nacional de Recursos, que nos brindó, además de la secretaría, esta aula en la que estamos hasta que llegó la pandemia y pasamos al Zoom. En ese curso participaron también Gerardo Caetano y Carlos Maggi.

La salud no es simplemente la utópica definición de la Organización Mundial de la Salud basada en el completo bienestar, sino que es un concepto mucho más complejo; implica una existencia esperanzada entre culpas, desconfianzas, vergüenzas, desprendimientos. A pesar de mi ateísmo, reconozco que la palabra salud tiene sus raíces en la salvación y en la protección divina. Al buscar en el origen etimológico de la palabra *salud*, encontramos que significa una existencia segura, protegida, más allá de lo estrictamente biológico.

Después de muchos intentos fallidos por introducir estos temas en la formación médica, el Consejo de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República creó, a fines del año 2021, una Unidad Académica de Humanidades Médicas, que integro como «docente

libre», en conjunto con mis compañeros, aunque con muy pocos recursos.

Integro la Comisión de Bioética de la Academia Nacional de Medicina, con interés puesto especialmente en el respeto de los derechos, tanto del paciente como del médico. En este marco, quizás pueda extrapolar parte de mi experiencia en esta temática a la Academia Nacional de Letras. El centro mismo de las actividades académicas, más allá de sus especificidades, es el bienestar del ser humano.

La doble condición académica nos brinda la oportunidad de desarrollar «un puente hacia el futuro», como decía Potter —oncólogo impulsor de la bioética—, un puente entre las ciencias y las humanidades.

En las primeras intervenciones educativas que realizamos para la formación en humanidades, cátedra de la Prof.^a Dra. Rosa Niski, en conjunto con el Departamento de Psicología Médica Prof. Ricardo Bernardi, con la participación del psicólogo Marcos Lichtenstein, convocamos, entre otros, a José Pedro Díaz, José Pedro Barrán, Marcelo Viñar. Nació allí una primera publicación en conjunto con mi padre: *Medicina y literatura*. Luego, a partir de esa semilla, mi camino continuó ya en solitario con otras publicaciones como *La medicina desalmada*, *El narcisismo en la medicina contemporánea*, *La medicina y el sufrimiento*, *El poder médico*; fueron prologados por José Pedro Barrán, Daniel Gil, Gerardo Caetano, a los que mucho les debo por sus aportes.

La preocupación siempre fue la misma: el sufriente, el discriminado, el sometido, la desnaturalización de la medicina y aquellos elementos asociados, tanto las condiciones humanas como sociales, institucionales, estructurales.

En todas esas publicaciones se plantea la necesidad de introducir las humanidades en la formación del médico, en un intento de humanizar la práctica. Esta línea de trabajo tiene sus raíces sin duda en la herencia familiar. De alguna manera es, fue, una forma de reconquistar la cultura heredada. Cumpló así con el precepto de Goethe: reconquistar lo que se hereda.

Dedico el resto de esta exposición a las palabras y a las letras con las que se construye el lenguaje, porque considero que la palabra es

la herramienta fundamental contra la inexistencia, contra la discriminación, contra la soledad, porque permite integrarse y ser protegido, porque permite ser y existir. Las palabras permiten que los ausentes estén presentes. No habría memoria sin palabras.

Somos hijos de la comunidad humana cuyos integrantes se entrelazan en base a algo que nos es común: la palabra, y gracias a ello podemos comprender la realidad, en ese devenir constante, desde un antes hacia un después, en este fluir heraclitiano, con un trasfondo que, sin embargo, permanece: una memoria colectiva, una historia, un relato construido con palabras. No hay humanidad sin palabras.

Tal vez las palabras más primitivas nacen de la capacidad innata para transmitir los sentimientos más profundos, como las necesidades elementales, el deseo, el dolor y el sufrimiento. El grito que emerge involuntariamente ante el dolor es un rudimento de palabra, como el llanto del bebé. De allí en más, habitamos en lenguajes como plantea Heidegger y, en última instancia, en una atmósfera de signos, incluyendo aquí a las palabras y las letras. Toda palabra no es más que un nexo con el otro. Toda palabra supone que tú estás allí, incluso aún en tu ausencia. Sin la palabra, la soledad absoluta, la ausencia, la nada. Ni siquiera el silencio, que no es más que un tiempo en espera de una palabra.

La palabra es la clave del concierto humano, es aquello que permite que no falte nadie. No somos más que palabras en un estuche transitorio, perecedero, que llamamos cuerpo, y a las letras le damos la responsabilidad de su testimonio. Algunas enfermedades pueden surgir de las palabras. Parafraseando a Freud, podemos decir que lo que la palabra enferma, por la palabra se cura.

Las palabras construyen la sociedad en la que estamos inmersos, nos construyen como seres sociales. Todas las ideas navegan montadas en palabras y, luego, muchas de ellas se transforman en acciones en los distintos ámbitos de lo humano: político, tecnológico, médico, así como también militar, con los riesgos que esto implica.

Las palabras no se pueden encerrar, no se pueden encarcelar. Tarde o temprano se escapan buscando su lugar, más allá de la consciencia. A veces dicen lo que queremos, y otras veces lo que no queremos decir. Se parecen a los pájaros de destinos impredecibles. Tienen vida propia, emergiendo de los silencios. Así, las paredes pueden hablar cuando está prohibido hacerlo. Se cuelan en las

canciones a las que les dan su cuerpo y espíritu. Serrat preguntaba anteayer qué es una canción y se contestaba: «Algo que emociona». Lo que emociona es la palabra cantada.

Cuando se convierten en tinta sobre el papel, sobreviven con frecuencia muchos años, a veces miles. Duermen entre las hojas de un libro, esperando que alguien las despierte. Ellas persisten, son testarudas, sin dejar de ser humildes. Nadie sabe cuánto vive una palabra. Algunos estudiosos descubrieron cuándo comenzaron algunas palabras, pero una vez que comenzaron a andar, ya no es posible saber su destino. Muchas se pierden en el viaje migratorio y ya no regresan. Otras regresan transformadas, recompuestas, trayendo consigo restos del naufragio de civilizaciones antiguas, o de otras del presente.

En Egipto, papiros enterrados en las tumbas junto a los fallecidos, recogidos en el Libro de los muertos, contenían los consejos necesarios para que se pudiera alcanzar el más allá en el juicio moral de Osiris. El corazón debía pesar menos que una pluma. ¡Qué responsabilidad tenían esas palabras!

El poder de la palabra radica en su capacidad de dar ánimo, esto es dar alma, y ello se vincula en su intimidad con dar amor. «Dar», son solo tres letras que se hunden en la historia de los sacrificios y la solidaridad. Jacques Lacan juega con las palabras en francés, creando un verbo que traducido al español sería «almar», una peculiar combinación entre *dar alma* y *amar*. Amar es *dar* existencia, *dar* alma lo que se condensa en la palabra del nombre.

Lo innombrable no existe. El verbo que nombra crea la existencia. Primero fue el verbo: ¿qué verbo? Creo que fue el verbo *dar*.

El *dar* es filogenéticamente lo más primitivo: la madre *da* la leche al niño desde su cuerpo, cumpliendo un acto de sacrificio biológico para que sobreviva la descendencia. Un acto de amor por excelencia. Este es el *dar* que se traslada y transforma para quedar contenido en las palabras. Las palabras prosiguen en la tarea del sacrificio materno. Por ello son la base de la solidaridad. Y suele ser la madre la responsable de enseñar las primeras.

Ante la soledad, nos queda la palabra. El poeta español Blas de Otero dedica un poema titulado «En el principio», donde muestra

cómo, ante lo terrible, siempre nos queda la palabra. Es la gran protectora.

Los poetas saben que cada palabra va cargada con un sinnúmero de significados, aun las más simples, pero en lo profundo todavía hay más, la existencia.

Elas se escabullen, o más bien se sumergen, dejando atrás su significado original, para reaparecer mágicamente ornamentadas en otra realidad sensible. Las palabras tienen, como la Luna, una cara invisible, accesible solo a través de sentimientos irracionales, de fenómenos inconscientes, enraizados en lo profundo de cada persona.

En su «Oda al gato», Pablo Neruda describe a este animal como «soberbio vestigio de la noche». Las palabras son como los gatos, traen vestigios consigo. Son mucho más que un conjunto de sílabas; son un milagro posible. Surgen del inconsciente de la noche y dejan sus huellas, su estela de reminiscencias, con ese paso ágil y sutil del felino, que algunos llaman metáfora.

Algunas palabras también son novedosas creaciones nacidas por el impulso irrefrenable de poetas. «Glosolalia» es el nombre que se da al lenguaje que contiene palabras inventadas. Es propio de algunos enfermos, pero también del niño y de poetas tan distantes como Shakespeare, Vallejo o Vicente Huidobro.

Julio Cortázar decía que «ya no podía aceptar el diccionario, ni aceptar la gramática», por momentos se sentía encarcelado. De algún lado salen esas palabras nuevas, que aun sin significado preciso, significan por su similitud, por su canto, por su sonido, su entorno y su rima, y sus raíces ocultas. Estas palabras se asemejan a la música, que nos habla sin significado preciso. Lo que se transmite y recoge son sus delicadas insinuaciones; la voluntad de significar algo, en especial un sentimiento; un impulso emocional de un algo a un otro. En toda palabra está escondida la otredad.

En cada palabra estoy yo, estás tú, está él, estamos nosotros, estáis vosotros, están ellos, y una historia, un origen con hondas raíces en la risa, el aullido, en el grito o en el llanto, y en la nutrición materna.

La historia depende de las palabras, sin ellas no hay pasado ni futuro. Decía anteayer el virtuoso Juan Manuel Serrat que los

personajes de Romeo y Julieta están presentes a pesar del tiempo. Ellos son palabras.

Toda palabra despliega un arcoíris multicolor de sentimientos e ideas. Hay veces que, si buscamos entre las casi cien mil palabras del idioma español, no encontramos sin embargo una que nos permita decir lo que queremos decir. Se necesita, entonces, sumarlas, entrelazarlas, combinarlas o hasta inventarlas. A buen entendedor no siempre una palabra basta.

El diccionario, ese «lomo de buey, pesado cargador» del que nos hablaba Neruda, es un museo que nos permite tenerlas siempre presentes. Allí las palabras están quietas. No se las puede observar en movimiento, pero están allí. Para Neruda, las palabras son como una herramienta de campo, como una «reja de arado» con la que remover la tierra, y en el diccionario están esperando con su «hermosura intacta».

Dice Neruda: «Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba...», y también dice: «Y así la herencia es esta: / este es el aire que nos comunica / con el hombre enterrado y con la aurora / de nuevos seres que aún no amanecieron».

Los poetas las extraen como si fueran un néctar vegetal. Ellos son hábiles y valientes orfebres que nos llaman, nos sacuden y nos dicen: no te quedas allí sentado, ven a compartir sus significados; ven a verlas cómo juegan; si te quedas allí acurrucado en un rincón, nunca las vas a ver; ¡ven a buscarlas y déjate llevar! ¡Siente! Las palabras de un poema no te esperan, pero te necesitan. Diferencia importante con las palabras de la ciencia, que no te esperan ni te necesitan y dicen todo sin invitación y sin ninguna emoción. Energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado. Se define presión arterial normal por los límites marcados por cifras exactas 120/80. ¡Qué estéril, aunque sea pueda ser útil!

Según George Steiner, en la sociedad occidental el mundo de las palabras se ha encogido. No solo ha disminuido su uso en número, sino que se ha encogido lo que se quiere comunicar. Mientras tanto, se expande un mundo de signos y abreviaciones solo comprensibles para aquellos que buscan la exactitud matemática, un resultado utilitario en la proyección de la ciencia o del comercio; aparece el canto

de las sirenas llamado *marketing* plagado de palabras traicioneras, embusteras, estafadoras. Raymond Chandler decía, con razón, que todo lo que dice la propaganda es mentira.

Toda palabra tiene su lugar y su tiempo, y significa según las coordenadas sociales. Al ver la manzana que cae, algunas palabras se alinearán acompañando el estudio racional de la gravedad, pero otras seguirán el deseo irracional y transmitirán el riesgo del pecado original. En esta era robótica, cada vez más palabras emergen de fríos labios metálicos de entidades moralmente ciegas.

Cuando se colocan las palabras en el microscopio, y se transforman ellas mismas en objetos fríamente observados, son neurotransmisores, vibraciones del aire, ondas electromagnéticas, electrones atropellados en torno a sus núcleos, o grafías sobre papel. Así, desnudas y positivas, pierden su sentido; así concebidas quedan a la intemperie, cosificadas, analizadas, cuantificadas, numeradas, diseccionadas. Así, las palabras son desheredadas, desprovistas de su corazón, de su aporte nutritivo. Solo son esclavas sin alma al servicio del poderoso.

Las palabras, a pesar de ello, buscan la forma de no ser cosa; son, sin duda, escurridizas como los felinos. Se pueden domesticar tal vez si no se utiliza el látigo, sino la caricia y la paciencia. Entonces, las palabras se recuestan y ronronean. Pero no por ello serán sumisas, se resisten a la exactitud engañosa. ¿Cómo expresar con números el significado de la palabra *carinho* o las derivaciones emocionales que produce una imagen?

Las palabras perfumadas de recuerdos se resisten a la inmediatez de una verdad absoluta. Ellas se toman un tiempo para completar su veredicto. *Veritas filia tempore*, la verdad es hija de tiempo.

En el discurso de ingreso a la Academia, el Prof. Ricardo Pallares decía: «Entre palabras, secretos y silencios se da el vuelo y se da el viaje. Entre palabras, signos y símbolos marcha la cuestión de la verdad».

Hay palabras de amor, hay palabras de ternura, hay palabras que recuerdan, hay palabras que piden que se haga justicia; hay las palabras que condenan; hay palabras que no perdonan. Hay palabras que destruyen o someten; hay palabras de piedad; hay palabras que reconstruyen, que empoderan; hay palabras de libertad.

Las palabras no son queridas por las dictaduras, sobre todo cuando se agrupan en los libros donde se las considera peligrosas. Se llega al extremo de quemarlas. «Donde se queman libros se terminan quemando también personas» es una conocida frase de Heinrich Heine con relación al nazismo.

Hay palabras que son condenadas, se dice de ellas que son malas: por ejemplo *puta*, palabra que encarna condenas sociales que dependen de los códigos del entorno. No son ellas las responsables, sino los espíritus que las usan para dañar, discriminar, agredir y hasta lapidar. Esas palabras se esconden por vergüenza donde pueden, por lo general en la oscuridad, pero siempre hay alguien que las busca y las saca a la luz para insultar.

Las palabras pasan de boca en boca, se detienen solo transitoriamente. Sin embargo, hay seres que se pelean por tener la última palabra, por conservarla. Las palabras no son de nadie, son de todos, y aunque difieran entre los pueblos, los hacen hermanos, nunca enemigos, a pesar de algunas fuerzas oscuras del ser humano que lo impulsan a la guerra, a la discriminación o a la desconsideración, a la bestialidad.

El pretexto siempre es el mismo: yo soy el bueno y tú eres el malo; yo represento a Dios y tú al diablo. Las palabras observan atónticas estas excusas para matanzas imperdonables, mientras son presionadas, maltratadas, torturadas para decir lo que no quieren decir.

Las palabras, tarde o temprano, escapan del yugo opresor para revelar la verdad de lo sucedido, que algunos quieren mantener bajo la alfombra de la mentira. Las palabras siempre reclaman justicia.

La palabra es, en su esencia, respeto por el otro y solidaridad. No soy muy amigo de la solemnidad, pero en la oportunidad de ingresar a la Academia Nacional de Letras me sentí en la obligación de hacer aquí, ante ustedes, este humilde homenaje a las palabras, sin las cuales no seríamos seres humanos sino bestias.

Podríamos hablar mucho más, pero ya son demasiadas palabras.

Gracias por permitirme ingresar a la Academia Nacional de Letras para ocupar el sillón Francisco Acuña de Figueroa, primer poeta de esta tierra y autor de nuestro himno nacional, que en un poema dedicado a los remordimientos del médico dice:

Los remordimientos de un médico
Los dobles de las campanas,
A don Crisanto el doctor,
Diz que le causan horror:
¡Debilidades humanas!
Remordimientos muy nobles
Son los del doctor Crisanto:
Pero no recete el tanto,
Y serán menos los dobles.